

CARNE DE TRUEQUE

Fernando Martínez Laínez

CARNE DE TRUEQUE



CASA DE CARTÓN

© Fernando Martínez Laínez, 2011
© Editorial Casa de Cartón S.L., 2011

Editorial Casa de Cartón
editorial@casadcarton.es
www.casadcarton.es

Todos los derechos reservados.

(Versión extendida) Primera edición: Noviembre 2011
(La versión original fue publicada en marzo de 1979).

ISBN: 978-84-938892-5-8

Printed in Spain
Imprenta Fareso

A los niños de la guerra llevados a Rusia.

Estás solo. Eres soledad. Tu corazón va
hacia valles lejanos.

T. M. RILKE. *El libro de la peregrinación*

Nosotros, pues, hemos venido a caer dentro de la regla que
sentamos en Esparta, que cada uno castigue a sus aliados....

TUCIDIDES. *Historia de la guerra del Peloponeso*

1

—No me gusta esta situación. Nunca, ni en los peores tiempos de la Guerra Fría, nos habíamos atacado así. Vea los informes. Proceden de todas partes... En Hong Kong, Kao-Li, nuestro mejor agente en la zona, aparece muerto de un balazo en la nuca, en un basurero para más afrenta. En Lahore, otro de nuestros ases misteriosamente estrella su coche contra un poste en las afueras de la ciudad. Eran las tres de la madrugada, por la carretera no había tráfico, y ni un ciego hubiera podido dejar de ver aquel pilote a tres metros de la cuneta. Además, Shastri era el mejor conductor que he conocido en mi vida. Estuvo a punto de ser corredor profesional. Sigamos de este a oeste, mi general. En Beirut, encuentran al cerebro de nuestra red para todo el Medio Oriente colgado, con su propio cinturón, de una de las lámparas de su casa (una casa bastante lujosa, por cierto). La autopsia no tuvo mucho problema; antes de ahorcarlo le habían partido el corazón de un tiro. En Atenas, la pobre Cristina..., se acordará usted de ella, mi general... una excelente criatura poseedora de todas las perfecciones físicas con que la naturaleza puede dotar a una mujer. Murió atropellada por un coche en plena Plaza Omonia, y el coche se dio a la fuga. Su número de matrícula no existía. En Belgrado, nuestro agente doble, ya sabe, ese fenomenal informador al que conocíamos con el nombre de *Sócrates*, fue apuñalado de noche al salir de una taberna. En Munich, no se conformaron con liquidarnos a uno, sino a dos. El matrimonio Blomberg. Ella, una celebridad en el mundo de la Física, con acceso a multitud de detalles técnicos de importancia absoluta, y él un gran economista experto en asuntos

financieros... bueno, no sigo, usted ya lo conoce de sobra. Los dos estrangulados en su propia casa. Y, naturalmente, lo propio en estos casos: todo revuelto, camas deshechas, cajones por los suelos, y el ladrón se lleva 2.000 marcos en efectivo y algunas chucherías de poca monta para aparentar robo. La policía está todavía con ese hueso. Y, para completar el ciclo, Roma y Madrid. De un plumazo desaparecen del mapa Dino y Jaime, sin dejar ni rastro. A estas horas no sabemos siquiera qué habrá sido de sus cadáveres.

Le interrumpió la voz dura del general:

—¿Su opinión sobre todo esto?

El teniente coronel Mijail Yavurov se pasea ahora con larga zancada por la estancia. Un último piso de un gigantesco edificio gris en las afueras de Moscú. Típica arquitectura estaliniana. Cemento y frialdad en cantidades masivas.

La cabeza de Yavurov, cuadrada y recia como un peñasco, permanece quieta y algo encogida entre los hombros, lo que le hace encorvar ligeramente la espalda ancha y maciza. Sus piernas, cortas, gruesas y resistentes como columnas dóricas, frenan de repente y giran con lentitud hacia el general quien lo observa con aire preocupado, detrás de su mesa de despacho.

Por un instante los dos hombres entrecrocán miradas.

—Sé lo que piensa, general, pero eso no tiene remedio. El delator de nuestros amigos es, efectivamente, el hijo de puta de Siniasky. ¡Maldito cerdo! Resulta que se pasó pura y simplemente por dinero. Un millón de dólares en efectivo que piensa disfrutar plácidamente, hasta el fin de sus días, bajo algún disfraz de hombre de negocios retirado. Eso si no le nombran asesor en el otro lado. Aunque no lo creo. En estos casos siempre queda la duda. Ellos no se fiarán hasta ese extremo.

El general Fedenko se levantó y con las manos en los bolsillos dio una vuelta a la habitación. Finalmente, se plantó ante la ventana, desde la que se veía un paisaje de edificios grises e iguales con colinas ribeteadas de bosques en lontananza. Tenía unos cincuenta años y un aspecto eternamente distraído de las cosas y las personas inmediatas que lo rodeaban. Parecía estar mirando siempre a lo lejos, con cara de ausente, y a simple vista se diría que su pensamiento estaba perdido en babia. Por eso, sus reacciones, cuando recobraba el contacto con la realidad circundante, eran bruscas y adquirían

el carácter de una sacudida que se comunicaba a sus subordinados. Hablaba muy poco, y los que trabajaban a sus órdenes directas conocían su memoria mitológica: era capaz de repetir seguidos cien nombres oídos una sola vez.

—¿Y bien?

Yavurov, situado ahora frente a él, le miraba a los ojos intentando escudriñar en ellos qué significaba la pregunta. Se dio por vencido.

—¿Y bien, qué?

—¿Por qué lo hacen, Mijail? ¿Cuál es el motivo?

El general contemplaba otra vez con aire evadido el cielo lúgubre, cargado de nubarrones que se movía avanzando sobre la ventana como una bandada de siniestras furias. El Moscú de las afueras, que se extendía a sus pies, aparentaba incomunicación y poco ajetreo. Solo podía verse alguna actividad de transeúntes y vehículos en torno a los bloques, pero las casas daban sensación de estar vacías.

—Hay varias hipótesis.

—¿Varias? No le entiendo, Mijail. Explíquese un poco mejor, tenga la bondad.

Yavurov conocía ese tono calculado de sorpresa que el general empleaba a veces cuando quería poner a prueba la capacidad inventiva de sus subordinados, pero esta vez decidió no seguirle el juego.

—Algo me ronda en la cabeza, como a usted.

El coronel apartó la vista de las nubes y se volvió hacia el interior de la habitación. Un simple despacho de aspecto destartado, con una mesa de madera, casi negra por el uso, sobre la que había una lámpara de flexo y algunos cartapacios llenos de papeles. Además, un sofá, un armario metálico viejo y algunas sillas, y adosado a una pared un mapamundi de los que se utilizan en cualquier escuela primaria.

—No sea impreciso, por favor. Si se le ocurre algo, dígallo.

Mijail, de pronto, pareció ponerse furioso.

—¿Cómo demonios voy a saberlo con seguridad? Cuando se vulneran las reglas con tanto descaro pueden existir decenas de motivos, pero todos ellos irracionales. ¿Recuerda el caso Gilbert?

Se calló esperando oír el afirmativo, pero la voz dura le dijo:

—No pierda el tiempo. Continúe.

—¿Qué pasó entonces? Los americanos contrataron a un asesino a sueldo, un *killer* como lo llaman, para liquidar a nuestros dos mejores agentes en París. Eran tiempos de gran agitación social y política en Francia, acuérdesese, y estaban convencidos de que eran nuestros dos hombres los que activaban el cotarro en esa gusanera burguesa del Barrio Latino. El oro de Moscú tiene mala fama, ya sabe. ¿Y cómo reaccionaron? Cuando el cerebro no les bastó se liaron a tiros y los mataron. Una lástima, general. En mi larga historia en este extraño negocio he conocido a poca gente que valiera tanto como ellos. Eran de los mejores.

El general le interrumpió, y se quedó contemplándole con cierta curiosidad; la cabeza ladeada.

—No sabía que contara las cosas con tanto sentimiento. Parece usted un meridional. Siga, siga, por favor.

—¿Me ha ordenado ir al grano, no? Pues no me interrumpa. Yo también se lo pido por favor.

Fedenko adoptó una actitud humilde, como si estuviera muy arrepentido de algo.

—Quiero decir: mataron cuando consideraron que el peligro era muy grave y que tenían perdida la partida por otros medios. Ahora están con la crisis económica, el petróleo y todo eso, pero la situación no es desesperada, ni mucho menos. Además, son demasiadas muertes en demasiados sitios distintos. A menos...

—Vaya al grano.

—...que exista una conexión, un hilo por fino que sea, un enlace, algo que haya hecho necesario cargárselos a todos.

—He comprobado ese dato. No existe ninguna conexión. Cada uno de los asesinados cumplía con su trabajo en el lugar asignado, y eso era todo.

Yavurov admiraba al general por esa intuición persistente que le permitía adelantarse al enunciado de los problemas y anular con rapidez las hipótesis absurdas. Esa cualidad le había otorgado triunfos resonantes porque era capaz de dejar los enigmas en los puros huesos, y dar pronto con la solución lógica. Cuando aún no conocía mucho a su superior, a Yavurov se le había ocurrido que Fedenko jugaría muy bien al ajedrez. Un día echaron una partida, y Yavurov ganó fácilmente.

Comprobó que el general apenas prestaba atención al movimiento de las piezas, y seguía engolfado en sus pensamientos mientras jugaba.

—Entonces se trata de una situación de peligro inminente o de... una represalia.

—En efecto: una represalia o un cambio de táctica.

—¿Un cambio de táctica? ¿Una vuelta a la peor época de la Guerra Fría? Imposible.

—¿Por qué no? La historia no siempre avanza. También retrocede. Aunque nosotros sepamos que al final el leninismo terminará imponiéndose. Siempre es una suerte conocer el resultado final de la historia.

El teniente coronel movió la cabeza con gesto taciturno.

—Nunca estoy completamente seguro de nada. El «imposible» es un decir, y una palabra que en nuestro oficio no tiene sentido. Le concedo toda la razón.

—No pretendía entristecerle con mis palabras. ¿Quiere un poco de vodka?

Fedenko abrió uno de los cajones de la mesa y sacó una botella de medio litro terciada de líquido.

—¿Dónde habrán dejado los malditos vasos? Encargué que no se los llevaran. No se preocupan en absoluto de hacerle a uno un poco más cómodo el trabajo.

Por fin encontró dos tazas de té sucias en el interior del armario metálico. Sopló con fuerza para quitarles el polvo, y luego pasó los dedos por el cuenco para remachar la limpieza.

—¿No le importa, verdad?

—En absoluto, mi general.

El tono del general había cambiado. Parecía amistoso.

Llenó las tazas por la mitad y brindaron con un rápido: «Nasdarovia». Cuando el vodka cayó de un solo trago, comentó jocosamente:

—Esto siempre ilumina.

Dejó la taza vacía sobre la mesa y se volvió a mirar por la ventana. Parecía absorto contemplando los nubarrones.

—Siga usted con sus hipótesis. Realmente lo hace muy bien, y hasta ahora estoy de acuerdo en lo que ha dicho.

Yavurov creyó descubrir un tono irónico en las últimas palabras.

—No me lo parece. Sus opiniones van mejor encaminadas.

—Por favor, no se pique. Usted sabe que le aprecio.

—Gracias, general.

—Bah. Tan solo somos dos soldados. Dos tuercas en un engranaje cuya totalidad no vemos. A veces me pregunto como esos intelectuales que escriben libros pretenden saberlo todo. ¿No piensa lo mismo?

Fedenko golpeó con los dedos una repisa de escayola bajo el cristal de la ventana. Yavurov entendió que el general se estaba impacientando y pedía llegar a una determinación. Decidió resumir. Una cualidad suya que encajaba con el talento simplificador y lógico del general.

—Tenemos tres hipótesis: una situación de peligro inminente para ellos, un cambio de táctica, o una represalia.

—Y usted, ¿por cuál se inclina?

Yavurov percibió un tonillo socarrón en la pregunta.

—Es difícil. Se me hace cuesta arriba admitir el cambio de táctica. Las declaraciones del partido son concluyentes, y la situación internacional, la prensa, el aumento del intercambio comercial... todo, en fin, parece negarlo. Poseo además datos de una conversación reciente con el Número Uno, que desde luego corrobora la inexistencia de cambio de línea, en lo fundamental.

Dijo lo del Número Uno con el convencimiento de aportar la prueba máxima e irrefutable.

—¿De qué hablaron?

—Bueno, usted puede saberlo. Nada nuevo, la coexistencia pacífica debe mantenerse a toda costa. Lo exigen nuestro desarrollo económico y nuestras posibilidades bélicas en estos momentos. Alguna escaramuza aquí o allá, como de costumbre, pero nada más. En caso crisis la salida sería pactar. Somos un estado resistente, dotado de una fe. Tarde o temprano los países capitalistas acabarán en la mierda. Son demasiadas contradicciones.

—Pero no sabemos el día.

—Exacto. No sabemos el día, pero sabemos que sucederá. Tenemos una doctrina científica apoyada por armas terribles. Nuestro papel histórico, de momento, es fortalecerlos y ablandarles. Sencillo.

Yavurov calló bruscamente. Su rostro, habitualmente inexpresivo, y sus grisáceos ojos neutros, de mirada líquida,

parecieron adquirir cierto brillo nervioso. Puso cara de autorreproche.

—Perdone, le estoy recitando el manual perfecto de kon-somol. Usted ya sabe lo que el Número Uno entiende por coexistencia pacífica.

Recalcó el vocablo «entiende» y no consideró prudente ahondar el tema. Fedenko había sido un ardoroso partidario de Stalin. Todos lo fueron, pero solo algunos con sinceridad. El general debía ser de esos. Posiblemente partidario de una línea más dura. Pero, pese a su traza ausente, Fedenko tenía capacidad sobrada para ocultar sus sentimientos más íntimos, y habilidad para estar siempre al lado de lo «justo», ni un milímetro más, ni uno menos. Pasó con Beria siete años y sobrevivió. Imposible mejor elogio a su capacidad de adaptación. Yavurov había notado que cuando parecía a punto de franquearse plenamente sobre un tema, una fuerza interna y oculta lo acorazaba en la indiferencia, y envolvía su pensamiento más recóndito nuevamente en las sombras.

—Nunca viene mal escuchar las lecciones del Número Uno.

Fedenko meditó un momento. Parecía pensar en el posible significado oculto de esta última frase. Sonrió muy levemente.

—Prosiga con el recuento de posibilidades.

—Quedan dos: el peligro inminente y la represalia.

—Peligro inminente, ¿por qué? ¿De quién?

—Tendríamos que averiguarlo.

El general le miró a los ojos y contestó con voz algo quejosa:

—Mi querido Yavurov, ¿no le basta la palabra del Número Uno?

—Supongo que sí, ¿y a usted?

—¿Sabe una cosa? Estuve diez meses en un campo de concentración. Entonces Stalin era el Número Uno y la guerra estaba a punto de estallar. Yo era teniente. Una tarde, Stalin llegó de visita a la frontera, donde estaba mi sección, y dijo en tono fanfarrón: «Bueno, si vienen los alemanes les daremos una buena paliza. Aunque no se atreverán a atacar. Pueden estar tranquilos muchachos». No me pude contener y se lo solté todo: «Camarada Stalin, los alemanes nos arrollarán

como si fuéramos paja seca. Nos llevarán a patadas hasta Moscú. Y allí ya veremos». Me puse muy serio al decírselo y aquello me perdió. Estuvieron a punto de fusilarme, y fui acusado de derrotista, quintacolumnista desmoralizador, o algo así. No recuerdo exactamente. Además en aquel tiempo las acusaciones variaban con frecuencia. Uno podía ser detenido por negligencia y terminar ante el pelotón de ejecución por agente titoista-troskista-imperialista al servicio del capitalismo. Se moría sin saber por qué.

—Conozco su biografía. Estuvo en Siberia.

—Sí. Luego me llamaron otra vez cuando lo de Stalingrado. Dirigí primero un pelotón suicida (no se llamaba así oficialmente, desde luego), y más tarde un grupo de guerrilleros que operó en los países bálticos. Stalin no volvió a acordarse de mí. Debió de imaginar que yo estaba muerto. ¿Sabe una cosa? Odié a Stalin porque sufrí sus métodos en propia carne, y sin embargo guardo una cierta nostalgia de aquellos tiempos, cuando para mucha gente éramos el paraíso de donde vendría la felicidad eterna para todos... En realidad no sé por qué le digo esto. No viene a cuento. ¿Quiere otro vodka?

—Gracias.

Se sirvieron otro trago. Fedenko enroscó el tapón y guardó la botella. Yavurov se sintió perfectamente identificado con su superior. La patria lo primero. Ante ella, ¿qué significaba Stalin o un paraíso más o menos? Lo importante era que la URSS viviera fuerte y grande. Por lo demás el Número Uno tenía razón, la coexistencia pacífica no cuadraba con la liquidación de los agentes.

—Queda la represalia.

Fedenko sacudió enérgicamente la cabeza; como si le hubieran golpeado. Sus ojos volvieron a bailotear.

—Vamos desembuche.

—¿Qué hemos hecho últimamente para ponerles tan furiosos? Vietnam ha terminado. La situación en Oriente Medio se mantiene tensa, pero no más que hace algunos años. Y en el resto del mundo sus zonas de influencia y las nuestras permanecen. Hacemos labor de zapa, es cierto, como ellos tratan de hacerla en nuestra esfera, pero esencialmente no hay cambios; no sustanciales, al menos.

—¿Usted cree?

Su voz mineral había sonado entre escéptica y evasiva.

—¡Diablos! ¡Sí! ¿Qué le hace pensar de otra manera?

—Repase los archivos. Le he dicho mil veces que todas las respuestas en nuestro trabajo se encuentran en los archivos. Ellos son la clave; lo demás: vaguedades con las que a veces acertamos por pura suerte.

—Desde luego he consultado los archivos —dijo Yavurov un poco molesto.

—¿Y qué ha visto? ¿No hay nada que le llamara la atención?

—No.

—Sin duda se ha olvidado algo.

Fedenko volvió al centro de la habitación, y desde allí empezó a dar vueltas con paso lento y las manos atrás. Había dejado caer su aire evasivo, meditabundo y desatento, y apretaba las mandíbulas como un predador al ataque. Solo sus ojos permanecían neutros e impasibles, eran como superficies traslúcidas que escondieran lo que bullía en su interior.

—Déjeme recordar —dijo Yavurov—. Les matamos un hombre en Tel Aviv hace un par de semanas, pero fue un accidente. Aquel sujeto nos provocó demasiado y metió las narices donde no le llamaban. Sabía lo suficiente, pero además pretendió ser un héroe. Era un torpe. Son gajes del oficio y ellos lo saben.

—Siga.

—La captura de otros dos agentes en Berlín. Incidente molesto y con cierto alboroto en la prensa internacional. Pero eso entra en lo convenido. No irían a desencadenar la guerra por eso. Además, replicaron expulsando a nuestro agregado comercial en Washington.

—Más.

—Bueno, apenas nada. Los dos negros sudafricanos que pretendieron meternos de matute en la universidad Patricio Lumumba, y que fueron convenientemente desenmascarados y puestos a la sombra.

—Por todos los infiernos, Mijail. ¿Es que no se le ocurre nada más?

Mijail pensó un largo rato. Estaba de pie y le ponía nervioso ver que el general seguía dando vueltas por la habitación como un oso enjaulado.

Se sentó, dejándose caer de golpe en el viejo sofá.

Sí, claro... había, pero ellos no...

—¿El avión?

—Claro.

—Ahora, si le parece, podemos dejar los rodeos y hablar claramente.

—Pensé que estábamos hablando claro —refunfuñó Fedenko, mientras se sentaba tras la mesa del despacho.

Mijail se dejó caer en el sofá y sacó un cigarrillo del bolsillo de la guerrera. Lo encendió con su mechero de plata, el recuerdo de una peligrosa misión en el extranjero que siempre llevaba consigo.

Después de haber prendido el cigarrillo dejó la llama encendida durante segundos. Concentró sus pensamientos hasta que sintió calor en las mejillas.

—Veamos; el avión cayó en México hace un mes, ¿no? Se estrelló contra una montaña. Viajaban dieciséis personas, aparte los pilotos. Siete eran militares y el resto civiles. Agentes, imaginamos. Pero nosotros no tuvimos nada que ver con el accidente.

—Exacto. Nada que ver. Sin embargo he recibido informes recientes que parecen explicarlo todo. Los americanos llevaban dieciséis peces gordos en ese avión. Hemos conseguido una lista de los muertos. Lista *top secret*, desde luego.

Con gesto despreocupado, Fedenko sacó un papel de uno de los cartapacios que estaban sobre la mesa.

Mijail observó con cuidado la lista de nombres. Cuando hubo terminado soltó un silbido y devolvió el papel al general.

—¿Qué le parece?

—Si yo estuviese en el lugar de ellos diría que ha sido una auténtica catástrofe. De los nueve civiles, teníamos identificados a tres como muy peligrosos. Y además estaba Stevens, el controlador para toda la zona centroamericana y del Caribe. Un auténtico fenómeno. De los militares no recuerdo bien, pero creo que cinco estaban calificados de maestros en técnicas de contraguerrilla y lucha antisubversiva.

—Todos ellos estaban especializados en eso que usted dice. Eran la flor y la nata. Ahora tendrán que volver a empezar, y eso les costará tiempo. Han sufrido un gran golpe y están furiosos. Eso es.

—Y nosotros tenemos que pagar el pato. Imagino que nos echan la culpa del accidente. ¿Cómo pueden imaginarnos tan malos?

Hizo la pregunta con patetismo fingido, mientras expulsaba a borbotones el humo del cigarrillo por la boca. Fumaba con ansia cuando estaba preocupado.

—La cosa no ofrecía dudas. Alguien dejó pruebas, no demasiado evidentes, desde luego, pero sí lo suficientemente claras como para que ellos pudieran deducir que habíamos sido nosotros. Me he enterado de esto hace solo unas horas.

—¿Sabemos quién es ese «alguien»?

Fedenko se encogió de hombros, como si estuvieran hablando de algo que apenas le afectara.

—Es fácil imaginar que nuestros amigos de Pekín han podido sentirse tentados de hacernos una jugarreta y embromarnos con los americanos. Pero ya se sabe que el sentido del humor oriental es muy diferente del nuestro. Claro que también pudieron ser otros los bromistas. Lo averiguaremos, no se preocupe.

—O sea, que nos han tomado como unos malditos pardiillos, maldita sea. Cuando pienso en esa gente nuestra, liquidada sin motivo.

—Hay algo que hace más inútil y sádica la represalia, y es que los muertos estaban «quemados». Habían sido descubiertos y delatados por ese cerdo de Siniasky cuando se vendió. Eran ya inofensivos. La mayoría estaba con la maleta hecha, esperando el momento de desaparecer.

—La crueldad y la estupidez forman también parte de la vida.

—Y parte de nuestro trabajo.

—Hay que detener la matanza, general. Hablar con ellos claramente. No podemos proseguir la espiral y hacer de esto una ridícula *vendetta* mafiosa. Somos soldados. Espero que lo entiendan —Mijail se disponía ya a encender otro cigarrillo.

—Desde luego. Debemos dejar este asunto zanjado en las próximas horas. Las aguas, no lo dude, volverán a su cauce. Pero hay un pequeño problema... digamos, técnico.

—¿Cuál?

—El hombre encargado de matar a nuestros agentes. No podemos consentir que alguien vaya por ahí destruyén-

donos impunemente. Sería un mal ejemplo. Estará de acuerdo conmigo.

Su cara, ahora, había abandonado toda expresión ambigua, y reflejaba decisión y convencimiento. Las pupilas le brillaron, y la voz se hizo perentoria.

—Mijail, ese hombre debe morir.

Yavurov asintió con la cabeza, y el general prosiguió.

—El trabajo tiene que ser muy rápido. Hable con Orienko. Cuando haya muerto parlamentaremos con los americanos y todo quedará arreglado.

Hubo un silencio que se alargó más de lo debido hasta hacerse incómodo.

—Quiero un golpe seco, rápido y silencioso. Algo eficaz que nos desembarace de ese individuo lo antes posible. El contacto con los americanos se hará a alto nivel en cuanto se cubra ese trámite.

—No se preocupe por eso. Será una simple formalidad; una vez localizado el individuo en cuestión, claro.

El general le alargó un informe de pocas páginas que estaba sobre la mesa.

—Está localizado. Ahí encontrará los datos. No sabemos mucho, desde luego, pero es suficiente.

Mijail abrió el informe y hojeó los escasos folios que contenía. Se disponía a leerlos, pero el general le interrumpió.

—Puede echar un vistazo a eso luego. Yo se lo resumiré en pocas palabras. Nuestro individuo es español. Se llama Ramón Santamaría y está en Madrid. Allí ha sido identificado por Roland, que tiene medios de sobra para saber lo que se dice. La fuente, pues, es segura. Recuerde que la última faena fue precisamente en España, donde se cargaron a Jaime; puede que lleve algún otro en la lista, pero se quedará con las ganas. No ha salido de Madrid, téngalo por seguro. Lo que también es seguro es que ese hombre es peligroso como una serpiente de cascabel. Duro, inteligente y sin escrúpulos. Trabaja solo, o casi, con un mínimo de colaboración en ocasiones muy especiales. Está dotado de gran olfato para ventear el peligro, no tiene miedo y domina todos los trucos. En fin, empleando un término deportivo, se le podría definir como un superclase. No deben disponer de muchos como él.

Yavurov conocía ahora perfectamente cuál era su cometido, pero el general no gustaba de dejar cabos sueltos, y remachó jovialmente.

—Naturalmente, querido Mijail, le dejo a cargo de todos los detalles, y desearía que se diera mucha prisa.

—Empezaré ahora mismo.

—No quiero meterme en su trabajo, desde luego, pero le sugiero un proverbio asiático que creo indicado en la presente circunstancia: «El lobo afgano se caza con el perro de Afganistán». A veces no hablo demasiado claro, pero es mi manera de ser, debe disculparme.

—Pienso que tengo al hombre indicado. No se preocupe.

—No tenemos tiempo que perder. Avíseme inmediatamente cuando termine todo.

Mijail ya salía de la estancia cuando Fedenko agregó:

—¡Ah! Y recuerde que no se trata de nada personal contra ese individuo. Nada de espectacularidades inútiles. No es un castigo, sino una formalidad. Ese Santamaría, cumple con su trabajo, y ni siquiera estamos seguros de que nos odie. Insisto, no tenemos nada personal contra él.

Yavurov abrió la puerta y se despidió con un gruñido. ¿Qué se imaginaba el viejo Fedenko ahora? ¿Acaso le tomaba por Iván *el Terrible*?

2

Eran las diez y media de la mañana y Raúl Sánchez estaba en su piso de la calle Kiev, en Moscú, preparando la clase de literatura española que en días alternos explicaba a los alumnos del Centro de Estudios Románicos de la Universidad. Aquel día se sentía molesto. Podía ser el clima, ese invierno moscovita, seco y glacial, empeorado en aquel momento por los nubarrones que envolvían la ciudad, tan negros que parecían dispuestos a descargar hollín o suciedad maloliente en lugar de agua. Eso pensaba mientras extendía la vista por la ventana de su pequeño cuarto de trabajo.

Hombre del sur —había nacido en Lorca—, sentía de cuando en cuando extrañas y recónditas nostalgias por el calor del sol y los cielos límpidos y brillantes, tal como los había conocido en su país de origen. Este deseo, removido por el recuerdo de la luz perdida, se le iba acentuando con los años, a medida que maduraba en edad y caía en la cuenta de ser cada vez más sedentario, más pragmático y prudente.

Desde hacía un par de años se había volcado en los estudios literarios con un ansia que a él mismo le sorprendió, y en esta práctica libresca de las palabras encadenadas —cimentada en las profundidades de unos recuerdos distantes— consumía sus horas libres.

Los vocablos castellanos, cuyo sentido último intentaba explicar a sus alumnos, le mantenían unido como si fuera un cordón umbilical a la tierra perdida donde nació. Quizá por ello su estímulo en el estudio de esos signos tenía algo de búsqueda desesperada y hallazgo constante; de íntimo instrumento vibrador de nostalgias.

Así, un deseo casi inexplicable e instintivo, le había permitido construir ese oasis en medio del mar arenoso de su actividad azogada y aventurera. En periodos de escaso trabajo consiguió matricularse en cursos y seminarios de literatura hispana, hasta obtener el grado de profesor ayudante de esa rama en la Universidad.

Luego, a medida que la acción le fue envejeciendo y sus constantes viajes se atenuaron, su afición se fue convirtiendo en un aliviadero, en una válvula equilibradora de su organismo.

Esa mañana se había levantado temprano. Después de ducharse se preparó café muy caliente, y luego despertó a Nina, que se había quedado desnuda y traspuesta, cruzada en la cama, tras un breve combate amoroso en los primeros momentos del alba.

Nina amanecía siempre con el tiempo justo y no desayunaba hasta llegar a la fábrica, pero aquel día, contra la costumbre, se había levantado media hora antes y había preparado un magnífico té caliente que supuso un segundo desayuno para Raúl. Luego marchó a su trabajo.

Nina era joven y espléndida, y Sánchez se preguntaba a veces cuánto le duraría. La duda procedía de un poso de renovado escepticismo en cuestiones amatorias, seguramente producto de una abundancia de fracasos afectivos con las mujeres, entremezclados de conquistas fulgurantes y situaciones prolongadas sin entusiasmo, debido al puro interés o debilidad momentánea por ambas partes.

Al rato de haber salido Nina, Raúl se concentró en los libros, decidido a preparar las clases sobre el tema básico del curso. «La épica castellana y su expresión en el viejo romancero». Abarcaría desde los balbuceos medievales hasta finales del siglo XV, cuando ese gran Maquiavelo aragonés llamado Fernando el Católico unificó y lanzó el haz hispano por el mundo a golpes de espada y astucia.

No sabía por qué, pero no lograba concentrarse lo suficiente en lo que estaba leyendo. Probó a releer despacio, muy despacio, la página del libro que tenía delante de sus narices.

El verso de dieciséis sílabas, o si se quiere, de ocho más ocho, es privativo de España; no se encuentra en la poesía francesa ni en la italiana...

«Me estoy haciendo viejo», pensó. «Las ideas se me van y me cuesta concentrarme. Debe ser como la menopausia». Se levantó del asiento y encendió un cigarrillo, uno de esos insípidos cigarrillos rusos a los que no se había acostumbrado nunca. Luego decidió hacerse otro café. «Más de treinta años en este país y todavía no he conseguido habituarme al frío, a los cigarrillos y a no ver el sol», maldijo entre dientes.

Mientras esperaba que se hiciera el café, fue al cuarto de baño a mear y se contempló un momento al cruzar frente al espejo del lavabo. Vio a un hombre rechoncho, todavía fornido, de expresión algo agria y con hondas entradas en el cabello. Lo que se dice en la curva descendente.

Estaba dispuesto a servirse el café cuando sonó el timbre. No logró imaginarse quién podría ser a esas horas, y pensó, «Maldita sea, me joderán la mañana».

Dejó la cafetera humeante y la taza vacía. Anduvo pasillo adelante hasta la puerta y abrió.

Lo primero que vio el teniente coronel Yavurov, que vestía traje de paisano gris oscuro y un buen abrigo forrado de piel, fue la figura de un hombre de mediana estatura y aspecto anodino, algo calvo y de grandes orejas, que tenía entre sus manos un paño de cocina, y que le miraba con cierta extrañeza.

—¿Raúl Sánchez?

—Sí. ¿Qué pasa?

Yavurov, impaciente, golpeó con un pie el felpudo de la entrada.

—¿Puedo pasar?

—¿Para qué?

—Quisiera hablar con usted. Es un asunto que le concierne mucho.

Sánchez lo pensó un momento y decidió que no tenía sentido dar a un desconocido —sin pinta de delincuente— con la puerta en las narices. Al fin y al cabo los tiempos de Stalin habían pasado, y si era de la policía entraría de todos modos.

—Pase.

Le introdujo en la pequeña sala, que también hacía las veces de comedor, y le ofreció una silla y un café.

—Bueno.

Sánchez vació la cafetera en las dos tazas y salió un momento de la sala a comprobar si estaba cerrado el gas de la cocina.

Cuando Mijail se quedó solo, dejó el abrigo sobre un taburete que había en un rincón, y echó una rápida mirada a la habitación: una mesa camilla, dos sillones, otra mesa baja y cuadrada, tres sillas, dos cojines grandes en el suelo, y una repleta librería adosada a la pared. La mayoría eran libros en español. Descubrió en el lomo algunos nombres: Unamuno, Valle-Inclán, Gracián, Cervantes, Lope... «La habitación de un pequeño intelectual, solterón y con ambiciones de tranquilidad», pensó mientras se arrellanaba en la silla y sorbía el café.

El gas estaba cerrado, y Sánchez no dejó de maldecir su negra suerte por la llegada de aquel tipo. No hacía falta ser un lince para intuir que se trataba de algo relacionado con la policía o con la Seguridad del Estado. En cualquier caso querrían algo de él. El visitante tenía aires muy seguros. Sería un gran jefe. Y le pediría que colaborara. Se había pasado la vida colaborando, arriesgando el pellejo en sitios inverosímiles. Ahora era cuarentón y quería sentir el placer sedentario de no hacer nada urgente. Una pequeña compensación al deseo insatisfecho de no poder ver otra vez el sol de Lorca, y su tierra ocre y pedregosa, salpicada de huertas que daban aspecto de oasis a los claros verdes del paisaje.

«Que me dejen en paz», rezongó mientras volvía a la sala. Nada más entrar en ella vio a Mijail, escudriñándolo todo desde la silla y bebiéndose el café. Sintió una pequeña alteración en el estómago y decidió mantenerse firme en su decisión. Diría que no. Esperó que el otro hablase algo.

—Mi nombre no viene al caso —habló Mijail después de relamerse tras haber terminado el café—. Pero usted puede llamarme Dimitri, por ejemplo.

Hizo una pausa, y como si recordara algo de repente, dijo:
—Excelente café el suyo. Le sale muy bien.

Sacó la cajetilla y le ofreció un pitillo. Los dos se pusieron a fumar, y Yavurov aspiró con fuerza el humo hasta sentirlo en los pulmones.

—¿Por dónde íbamos? Ah sí. Bueno ya le he dicho que me llamo Dimitri, y su nombre me es conocido. Usted se llama Sánchez.

—Premio. Es usted un águila. ¿Cómo ha podido saberlo?
—interrumpió Raúl con sorna.

—Déjeme continuar, por favor. Se llama Raúl Sánchez, tiene 52 años. Nació en Lorca, España, un 13 de febrero. Sus padres eran campesinos pobres y lucharon a favor del bando republicano en la guerra civil. Su padre murió, heroicamente, por cierto, en la Batalla del Ebro, defendiendo una posición en la Sierra de Pandols. Le fue concedida una condecoración a título póstumo. Su madre fue miliciana y murió en la cárcel dos años después de terminar la guerra, pero antes pudo meterle a usted en un barco que salió de Cartagena a últimos de marzo, y que le trajo a la URSS como refugiado. Aquí se le enseñaron las primeras letras y realizó estudios junto con los demás niños españoles. Se hizo miembro de la Juventud Comunista. Durante la guerra, en el año 1944, fue usted entrenado para intervenciones especiales, y lanzado en paracaídas detrás de las líneas alemanas en la región de Lituania.

—Éramos una compañía. Se trataba de destruir una estación de ferrocarril —dijo Sánchez con voz opaca, y como hablando consigo mismo.

—No me interrumpa, por favor. Omiso algunos detalles porque si no, no acabaríamos nunca. Usted y otro español llamado Carlos, que luego moriría poco después, fueron los únicos supervivientes. Cayeron exactamente 116 hombres, pero cumplieron el objetivo. El Mando le ascendió a sargento cuando solo contaba 19 años. Después realizó otras tres o cuatro misiones delicadas, siempre con los guerrilleros o grupos especiales, y ya al final casi de la guerra se unió a una de las divisiones de línea que entraron en Berlín. En conjunto, su labor en ese tiempo, sin ánimo de alabarle, desde luego, puede ser calificada de brillante. Al terminar la guerra le ascendieron a segundo teniente, con varias medallas. Casi todos sus amigos volvieron a las faenas civiles, pero la guerra aún no había acabado para usted. Durante algunos años recibió instrucción secreta y trabajó para nuestro Centro de Moscú en varios países sudamericanos y mediterráneos. En el cumplimiento de sus misiones fue herido tres veces. Una de ellas en el estómago, muy gravemente, de un disparo a bocajarro. En Orán le dieron tal paliza que le dejaron por muerto, y fue preciso cambiarle toda la dentadura y hacerle cirugía plástica en una oreja.

Otra vez la voz opaca.

—Verdad. A veces me duele la cabeza por los efectos de aquella paliza. Sin duda sabrá que también me han torturado.

—Cumplió con éxito la mayor parte de sus difíciles cometidos. Y nunca perteneció al partido comunista, lo que le hizo sospechoso en alguna ocasión.

Bajó la voz y agregó con aire cómplice.

—Ahora tampoco pertenece.

—¿Qué quiere? Me siento ya viejo para leer *El Capital*. Entre nosotros, si me guarda el secreto, le diré que nunca pasé de *El Manifiesto*. A mí solo me pidieron la acción. Un antiguo jefe me decía que la teoría quedaba para luego, cuando uno se retiraba, pero después se hace cuesta arriba estudiarla, y cuando llega el retiro uno empieza a sentir curiosidad por otras cosas. Supongo que esto no volverá a hacerme sospechoso.

Mijail le miró y comprendió que tenía que vérselas con un hombre inteligente en el declive de su vida. Una persona sin miedo dotada del escepticismo básico como norma, compañero de la muerte tantas veces que había terminado sintiendo indiferencia por la vida. Un hombre sin infancia, con una juventud de trinchera, que a medida que pasaba el tiempo volvía desesperadamente la vista al pasado en busca de raíces.

—No, desde luego.

—Era una broma. Olvídelo.

Mijail carraspeó, dando a entender que iba a proseguir.

—Aquello fue en Orán, hace cuatro años. Consiguieron sacarle de allí a duras penas. Desde entonces permanece «congelado», diríamos, y en reserva. Su cara empezaba a ser demasiado conocida. Si me equivoco en algo le ruego que me lo diga.

—No. Se sabe usted de memoria mi ficha —dijo Sánchez encogiéndose de hombros, con la pretensión de dar a entender que aquello ya no le afectaba.

—La he revisado y puesto al día yo mismo. Aunque, desde luego, hay más. Estos son los grandes rasgos.

—¿También conoce los detalles?

—Desde luego.

—Bravo. Entonces debe saber que he tenido que hacer de todo: desde filántropo a rufián, pasando, digamos, por «ejecutor».

—Correcto.

—Claro, y también será correcto que le diga, ¡oh, usted debe saberlo, carajo!, que cuando llegué a Orán estaba cansado y hasta los huevos de todo el manejo. En esta profesión, todos, hasta usted, nos cansamos alguna vez. «Avísenos cuando llegue la hora», repetían los instructores en los viejos tiempos. Pues bien, yo estaba cansado, lo dije, y sin embargo me agarraron por las orejas y me obligaron a ir a Orán. El interés general, la causa del socialismo, la superación de los intereses pequeño-burgueses, etcétera. Así que, al final, me liaron y tuve que hacerlo lo mejor que pude, aunque casi me costó una piel nueva. Ahora llevo tres años de descanso, pero estoy roto. Llevo en guerra desde que tenía doce años y peleando desde los quince. Para mí la guerra tiene que terminar alguna vez. Para el pueblo ruso acabó en el 45, ¿no?

—Sí, pero para eso gente como usted y como yo debemos continuar sin conocer la paz. Lo sabe perfectamente, ¿por qué me hace repetirle cosas tan banales?

—¿Banales? Deben ser lo suficiente importantes como para que yo les haya dedicado mi vida. Disculpe, pero me gustaría seguir como estoy: mediocre y olvidado, y que los más jóvenes, esa juventud de konsomol que tanto alardea en los desfiles, se encargue de continuar la lucha. Yo he tenido bastante.

—¿Por qué se pone así? Todavía no le he pedido nada.

—Le veo llegar, Dimitri. En cualquier momento empezará a decir con el ademán patético de rigor en estos casos: «Hay algo que usted puede y debe hacer por nosotros», y luego me dará una palmadita en el hombro. No me tome por imbécil.

Mijail no contestó. Encendieron otro pitillo y por unos momentos permanecieron en silencio incómodo, sin saber cómo proseguir.

Desgranando las palabras lentamente, como si estuviera aprendiendo a leer, Sánchez dijo:

—Tengo un pasado, un techo, unos libros y una muchacha con la que me siento a gusto. Cualquier día de estos puede que incluso me decida a plantar un árbol, casarme y todas esas bobadas. He hecho por la URSS mucho más que la mayoría de sus propios ciudadanos.

—También es ciudadano soviético —interrumpió Mijail.

—Usted sabe, como yo, que me siento español y no dejaré de serlo. Es una cicatriz que se lleva toda la vida.

—No se atormente. Algún día quizá vuelva a España. Las relaciones mejorarán.

Había acritud en la mirada que Sánchez dirigió a su interlocutor cuando le oyó decir eso. Mijail lo percibió y desvió los ojos un momento hacia el suelo.

—¿Por qué dice eso? Conozco los límites del oficio. Soy como un buen científico atómico. Hice, y sé, demasiadas cosas como para andar suelto por ahí.

—Lo dice como si se sintiera preso —observó con sincera amargura Yavurov .

—No me interprete mal, pero un hombre tiene derecho a preferir su tierra.

La cara de Mijail dejó ver un reflejo animado.

—Sabemos que es un patriota. Eso también está en las fichas. Yo también lo soy. Le diré que si tuviera que vivir siempre fuera de Rusia, no lo aguantaría. Me bebería de un trago una botella de vodka y luego me pegaría un tiro. Muchos rusos piensan así, por eso desertan tan pocos. Es el patriotismo lo que ha salvado a la revolución. Un hombre, para pisar firme, necesita raíces. No me gustan los apátridas ni los cosmopolitas, aunque resulten muy útiles en nuestro trabajo.

Raúl asintió. ¿Adónde querría ir a parar el tal Dimitri?

—Volviendo a usted, ¿le gustaría viajar a España?

—No bromeo con eso. Es de mal gusto

—No bromeo —dijo Mijail seriamente.

De pronto, a Raúl todo aquello le pareció una mascarada, una farsa ignominiosa, una conversación entre locos llevada con medias palabras, la sinrazón kafkiana disfrazada con el ropaje del secreto. Algo, en fin, que daba vueltas sin objetivo.

—Mejor será que terminemos cuanto antes.

—Se trata de una misión.

—No quiero. Búsquese a otro. Los tiene a montones.

—Usted es el más adecuado para este trabajo.

—Pues busquen a otro menos adecuado. Estoy seguro de que también saldrá adelante. No hay nadie imprescindible en este oficio. Las personas somos mecanismos y los mecanismos

se reponen. Eso no viene en el manual del perfecto agente, pero acaba uno por descubrirlo.

—No sea cínico. Usted no es de esos.

El rostro de Sánchez se mostró ensombrecido y duro. Por primera vez desde que entró en la casa, Mijail vio la imagen del luchador tenaz, y se convenció de que el personaje bajo y algo obeso que tenía delante era un enemigo temible.

—Me hubiera gustado darle unos días para reflexionar, pero no los tengo. Debe usted decidirse ahora.

—Estoy decidido. No iré.

El teniente coronel se puso furioso, aunque no levantó la voz.

—¿Qué necesita? ¿Dinero? ¿Una casa en el campo? ¿Un buen automóvil? ¿Mujeres? ¿Un largo viaje?

—Me ha tomado mal la medida, amigo.

—Escuche Sánchez —pronunció el apellido acentuando fuerte las dos vocales—. Usted es un buen tipo y me cae bien. No quiero obligarle, pero hay cosas más importantes que usted y yo.

—No lo dudo. Pero ya se lo he dicho: estoy cansado. La guerra puede continuar sin mí. Siempre continuará sin alguien. Decirle ahora que sí, sería como decir adiós a un resto de vida diferente que aún me queda. ¿No lo comprende?

—Repito: hay cosas más importantes.

—No me opongo a ellas. Solo que ya hice bastante. Hay otros.

Mijail Yavurov se levantó y cogió su abrigo. Mientras se lo ponía su cara adquirió un matiz de frialdad e indiferencia que no dejaba traslucir emoción alguna, como si hubieran estado hablando de algún asunto técnico, demostrable con matemáticas, y por tanto no discutible en su resultado.

—Me alegro de haberle conocido, Sánchez, aunque siento no haber llegado a un acuerdo. Su negativa me obligará a trabajar un poco más, pero tampoco se hundirá el mundo por eso.

—Lo supongo.

Yavurov se levantó y preguntó.

—Por cierto, ¿a qué se dedica usted ahora? Tiene muchos libros.

—Estudio la épica española. Son poemas muy antiguos. Les llamamos romances.

—Ah, como nuestras canciones históricas de la época de Iván IV, o algo así ¿no?

—Lo nuestro es muy anterior, siglo XI o XII. La literatura española se inicia mucho antes que la rusa. En comparación, ustedes son todavía un pueblo joven.

—Los médicos dicen ahora que la vejez no es más que el cansancio.

Sánchez captó la alusión y respondió con otra indirecta

—También dicen que los jóvenes no llevan siempre la razón.

Yavurov se rió abiertamente

—Ustedes los españoles parecen tener siempre respuesta rápida para todo, ¿Es una característica general?

—Es uno de nuestros mayores defectos. Por eso no investigamos nunca lo suficiente sobre las cosas. Nos basta decir sobre ellas lo primero que se nos ocurre rápidamente.

Ya con una mano en el tirador de la puerta Mijail dejó caer la frase sin darle importancia.

—¿Cuántas veces ha estado usted en Madrid?

—Después de la guerra, tres.

—¿Lo conoce bien?

—Eso creo. Aunque es una ciudad muy cambiante, que crece deprisa y caótica. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿No le gustaría pasar allí unos días?

—Sí, pero solo para pasear.

—Bueno, piénselo. Si se decide llame a este número de teléfono antes de medianoche. Si no, rompa el papel.

Le entregó un pequeño papel blanco, enrollado como si fuera una película fotográfica. Sánchez se lo metió en un bolsillo, sin mirarlo.

—Lo romperé. Lo siento.

—Tampoco tiene que disculparse. No es el fin del mundo.

Mijail se despidió sonriente. Desde la puerta, Sánchez le vio decir adiós, agitando la mano derecha sobre el barandal de la escalera mientras descendía los peldaños.

3

Nina llegó hacia las seis de la tarde, como todos los días. No esperaba encontrar a nadie en casa porque Raúl daba clases a esa hora, por eso se sorprendió mucho al verle todavía allí, tumbado vestido en la cama, con las piernas abiertas, las manos detrás de la nuca, y una mirada ausente dirigida al cielo-raso. Nunca lo había visto tan indiferente, a pesar de haberle observado muchas veces en plan añorante, cuando sentado en el sillón de la sala, con los ojos fijos en cualquier parte, parecía pensar. Le preguntó si había ido a trabajar.

—No.

—Eres un vago.

—Exacto, y, como les pasa a todos los vagos, el ocio me estimula el eros. Así es que ven aquí.

—Ella se tiró sobre él en la cama y estuvieron besándose y acariciándose un rato. Cuando iba a desnudarla le interrumpió.

—Espera. Primero quiero hacer la cena y ducharme.

—Ni de broma.

Pero ya Nina se había puesto en pie de un salto, se bajó las faldas y con ligeros retoques se fue encajando la ropa interior.

—Eres un ogro gordo y pequeñajo. Abusas de mí y me destrozas la ropa. Te odio.

—Vete a hacer lo que sea, pero date prisa. No me tengas esperando toda la noche —se resignó Sánchez.

La vio agradable y llena de vida. Con las formas abundantes y redondeadas (no le gustaban las flacas), el cabello largo y rubio que le caía, recogido en cola de caballo, por la espalda.

El cuello tenso, las caderas apretadas, y esa expresión de ardiente deseo y ubicua indiferencia al mismo tiempo que era como el barómetro de su carácter, pendulante entre la tristeza y el ansia vivaz. Aunque dotadas de suavidad, sus manos eran largas y fuertes, poco cuidadas, de mujer sin melindres, acostumbrada al trabajo con máquinas y herramientas.

Cuando ella salió, de nuevo quedó tendido en la cama, apretando fuerte el cuerpo contra el colchón, como si hiciese un esfuerzo por no despegarse de la materia concreta y muelle que le sustentaba y acogía. Las últimas horas se las había pasado fumando y holgazaneando, intentando establecer razones para contestar definitivamente «no» a la propuesta.

No conseguía desarrollar bien los pros y los contras, pero sentía que la rotunda negativa dada al llamado Dimitri le quitaba jirones importantes de su vida, al renunciar voluntariamente a la acción. Actuar contra un enemigo y obedecer órdenes había conformado su existencia, y había supuesto su principal resorte vital, un catecismo de fe, aprendido en la juventud más temprana, cuando la ilusión, ese regalo de los dioses, permite eliminar las dudas y simplificar el mundo. En la balanza de su determinación —tenía que decir sí o no, definitivamente, esa noche— el fiel oscilaba ligeramente a un lado u otro según sus pensamientos, confusos y subconscientes, se iban sucediendo.

Sabía que no debía embarcarse en la aventura —su razón aquí era tajante—, pero sabía también que no estaría a gusto quedándose, sintiendo la inacción como una carencia, un síntoma de vejez anticipada. El intento por esquivar el sino no le valdría de nada, excepto quizá para ver los días de su vejez prolongados a cambio de un gusanillo permanente de insatisfacción. Y, además, estaban las sibilinas palabras del falso Dimitri: «Quizá algún día vuelva usted a España», y luego la despedida: «¿Le gustaría pasar unos días en Madrid?»; y al repetirse por dentro «España-Madrid» el estómago se le ponía de pie, y era como si se le formara una pelota invisible de recuerdos informes, que le producía extraños impulsos de saltar de la cama y estirar las piernas corriendo en cualquier dirección. Y también estaba Nina. Una buena chica. La quería, le gustaba —jamás diferenció muy bien ambas cosas en cuestión de mujeres—, pero, aunque se esforzaba en dar transcenden-

cia a su afecto por ella, no conseguía convertir a la muchacha en factor influyente de su decisión. Pensó que era un egoísta y le sorprendió su propia conclusión, pues siempre se había considerado dotado de un cierto impulso generoso que, debido a su raro oficio, pocas veces había tenido ocasión de demostrar; esa era la verdad. La luz diurna, que se introducía muy amortiguada a través de las cortinas, había cesado. Las sombras llenaban la habitación y la noche cerrada caería en poco tiempo sobre la ciudad. Tanteó la mesilla junto a la cama hasta hacerse con el paquete de tabaco y coger un cigarrillo.

Nina entró para recoger algo y encendió la luz. Le vio fumando, con el cenicero al lado lleno de colillas, y le reprendió.

—Quemarás la colcha. Mira como está el cenicero.

Le recogió las colillas refunfuñando.

—¿Piensas que soy tu esclava? ¿Qué te pasa hoy?

Volvió al poco rato con el cenicero limpio, y, al marcharse cerró malhumorada la puerta de la habitación.

Esto es todo lo que tengo —pensó Sánchez—. Una mujer que hace el amor y se enfada con facilidad. Pronto empezarán las broncas, y tendremos que separarnos. Me quedaré solo, con mis libros y un montón de recuerdos que no podré escribir y de los que no existirá noticia segura. Puede que lo mejor sea echar un par de tragos y olvidarse de todo.

Sacó la botella de vodka de un cajón del armario, desenroscó el tapón y bebió a morro un trago largo. Luego se volvió a tumbar en la cama y puso la botella sobre la mesilla. Aplastó el cigarrillo contra el cenicero de vidrio, que estaba recién lavado y todavía húmedo, volvió a dejar correr libremente el licor por su garganta, y empezó a sentir una agradable modorra que le bajaba lentamente desde la cabeza y se extendía por todo el cuerpo. La trampa saducea: «Si voy, malo. Y si no voy, también. Es así como estamos hechos». Movié los labios para decir esto, y entonces comprobó que el alcohol le galopaba ya la sangre. «Bueno, lo mejor es terminar de una vez» —murmuró mientras encendía otro cigarrillo, y alargaba la mano libre hacia la botella.

Una hora después, Nina llegó a la habitación con la cena en una bandeja, y percibió inmediatamente el olor áspero del vodka y la botella vacía sobre el suelo. Dejó la bandeja sobre

una banqueta a los pies de la cama y sacudió a Sánchez, que se había quedado adormilado boca abajo.

Hablaron mientras Raúl cenaba. Ella se sentó a los pies de la cama y adoptó ese tono, maternal y solícito, que tanto le gustaba a Sánchez cuando se sentía vacío y en desamparo. Parecía a veces como si la muchacha tuviera un sentido anómalo que le sintonizara con los estados críticos de su compañero.

—De repente has bebido mucho. ¿Por qué?

—Tenía ganas. No olvides que me estoy volviendo un parásito, y eso siempre anima a beber.

—Estás muy preocupado. ¿No quieres decirme nada?

—No puedo.

En el escepticismo espontáneo del hombre, sus reflejos críticos y el mutismo total sobre los hechos pasados, Nina adivinaba una existencia amarga y agitada, posiblemente inmersa en trabajos realizados con la Seguridad o el Ejército. «Si algo malo ha hecho —pensó— lo pagaré caro porque tiene conciencia».

Pese a las súbitas afinidades, algunas veces se hallaban tan distantes en espíritu que se convertían casi en extraños y les costaba trabajo reconocerse de nuevo. Para ella esos momentos eran conflictivos, y trataba de superarlos con el recurso a la ternura, dando cariño al hombre para obligarle a sentirla próxima.

—Te acuerdas de tu país.

Sánchez sintió llegar esa voz desde lejos, al igual que un sonido arrumbado y remoto que de repente viniera a su encuentro cargado de extraña fuerza. La miró fijamente, como quien estuviera examinando a su propio oráculo.

—Hay días tristes y alegres. Eso es todo.

—Mi padre era del Cáucaso. De joven vino a trabajar a una fábrica de Moscú y se casó con una rusa. Nunca volvió a su tierra, pero recuerdo que cuando era viejo, un poco antes de morir, se pasaba los días recordando montañas, bosques impenetrables, valles profundos donde hay uvas y naranjas, y ríos caudalosos entre hondos tajos. Todo lo que había visto de joven. A veces recitaba poemas en georgiano, y cuando estaba bebido repetía una y otra vez la leyenda del Caballero de la Piel de Leopardo. Es una historia muy bonita, pero se me llegó a hacer pesada a fuerza de oírla. La escribió un poeta medieval

para dedicársela a una reina. El Caballero de la Piel de Leopardo es un héroe llamado Tariel: fuerte, cruel, orgulloso y vengativo, que al final asalta la fortaleza donde los demonios traidores han llevado a su amada, y la rescata sobre montones de cadáveres. Una frase del poema se me quedó grabada: «Es difícil gobernar el corazón del hombre; está igualmente loco en el pesar y en la alegría; vive siempre herido, y no halla nunca cabal el mundo cambiante...» En tu caso, mi niño, Tariel tenía razón: tú vives siempre herido. Me deseas con los ojos, pero tu pensamiento vuela.

—No puedo decirte nada del pasado, pero podemos hablar del presente y del futuro.

—Eres como mi padre. Piensas en lo que no puedes conseguir.

Sentía la cabeza pesada por los efectos del vodka, pero deseaba hablar. Lo pensó un instante y luego dijo a bocajarro:

—¿Y si estuviese a punto de conseguir eso que dices, aunque solo fuera por un corto tiempo?

—Significaría que me dejas y que seguramente no nos volveríamos a ver. ¿Para eso me trajiste a tu lado, pequeño monstruo?

De repente se puso rígido y grave. Con las pupilas brillantes.

—Hablo en serio.

—No te haré una escena si quieres dejarme. Yo también hablo en serio.

—Serían unos días fuera. Ir y volver, como quien dice.

—¿Tariel irá a luchar contra el demonio para liberar a su princesa?

—Ya conoces el fin de la historia. Tariel rescata a su amada.

—Sí, pero sobre montones de cadáveres.

Nina depositó en el suelo la bandeja con los restos de la comida y se tendió en la cama al lado de Sánchez. Apagada la luz, permanecieron silenciosos e inmóviles un rato, con los cuerpos en roce. El mutismo estaba a punto de convertirlos en extraños cuando ella dijo:

—Aunque te vayas, esperaré.

—Bueno.

—Te quiero.

—Y yo.
—Sé que si te vas no lo haces por huir de mi lado.
—No.
—Seguirás siendo mi niño gordo y malo. Mi ogro taci-
turno.
—Sí.
—Volveré a tenerte y haremos el amor.
—Claro.
—También sé que si partes es porque lo crees impor-
tante.
—Sí.
—¿Para quién? ¿Para ti? ¿Para el Estado?
—Para todos.
—¿Y será rápido?
—Muy rápido.
—¿Puede pasarte algo?
—No.
—¿Me quieres de verdad?
—Sí.
—Si volvieras y no me encontraras ¿qué harías?
—No sé.
—¿Saldrías a buscarme?
—Creo que no.
—Te quedarías aquí, solo, con tus libros en español tan
difíciles de entender para mí.

—Seguramente.

Se abrazó a él deseosa de transmitirle todo el calor que llevaba dentro. Percibió su aliento rociado de alcohol y le besó con fuerza en la boca, lengua contra dientes, mientras Sánchez la iba desnudando con lentitud.

En un momento él la sintió debajo, apretándose a sus hombros, agitando el vientre y las caderas como un ave temblorosa e indefensa.

Cuando terminaron, Raúl miró su reloj y vio que eran las nueve y cuarto. Le entró de repente un sueño de plomo y dijo a su compañera que se arrebujaba satisfecha a su costado:

—Anda, pon el despertador a las doce menos diez. Tengo que llamar por teléfono a un hijo de puta.

4

Seis horas después de la llamada telefónica, Sánchez tomó un taxi que estaba esperándole a pocas manzanas de su casa y le dejó en una calle solitaria de las afueras de Moscú. Allí le recogió un automóvil negro y viejo en el cual, además del chófer, iban dos sujetos con cara de malas pulgas y, aparentemente, mudos, pese a los intentos que hizo durante el trayecto por abrirles el pico con preguntas tontas referidas al tiempo, el fútbol, los baches y cosas por el estilo. Volvieron a pasar por el centro de la ciudad. Las calles de Moscú empezaban a bullir con la aproximación de la hora de entrada al trabajo. Hombres con el aspecto de cualquier habitante de cualquier ciudad industrial que madruga para ganarse el pan todos los días. Hombres, concentrados en sus pensamientos, que rumiaban las pequeñas miserias de la vida cotidiana.

Después de cruzar el centro y seguir a través de calles poco concurridas, por una zona que Sánchez no conocía, el automóvil salió a una carretera. Por ella se alejaron de la ciudad todo lo velozmente que aquel cacharro de cuatro ruedas podía hacerlo. Llevarían tres cuartos de hora de recorrido cuando el vehículo dobló por un camino de tierra, apenas visible desde la carretera; bordeado por dos hileras de abetos que desembocaban en un bosque frondoso. Cuando entraron en la gran masa vegetal, el camino se estrechó y surgieron hoyos y piedras.

Dando más tumbos que un balón de fútbol (a Sánchez todo aquello le parecía una escena repetida, pamplinesca e innecesariamente misteriosa) arribaron por fin a un calvero en

el que se alzaba una casa de campo construida de madera y rodeada de un seto con alambrada.

Una pequeña puerta en la red metálica les sirvió para introducirse con el coche en el recinto. La casa era de construcción sencilla y comprendía un bloque principal y dos pabellones laterales con ventanales enrejados. A la puerta de la fachada principal se llegaba por una escalera rústica y sin barandilla, cuyos escalones eran troncos partidos. Próximo a la casa había un cobertizo con trazas de ser utilizado como garaje, ya que a su alrededor se veían neumáticos viejos, chatarra y manchas de grasa. Al bloque principal se llegaba atravesando un suelo de grava y piedrecillas sobre el cual las pisadas se hacían oír fuerte. En conjunto, el caserón tenía un aire desvencijado y triste, que a Raúl le recordó las cantinas de las estaciones de ferrocarril.

Bajaron del coche y se dirigieron a la casona, mientras el chófer quedaba reparando algo en el vehículo. Subieron las escaleras y franquearon la puerta. Anduvieron algunos pasos por un corto pasillo y penetraron en un salón recibidor. Había una larga mesa de roble en el centro de la estancia, sillas en abundancia y algunos muebles toscos y de escasa utilidad repartidos aquí y allá. Un fuego vivo y reciente, con olor a leña, ardía en una chimenea situada en un rincón.

Era la única señal acogedora. Sánchez distinguió también, disimulada bajo un pesado sillón frailerero de madera, una trampilla que podría ser el acceso a algún sótano, o quizás se tratase de alguna galería secreta con salida fuera de la casa.

Sánchez se acercó al fuego, se frotó las manos y preguntó:
—¿Vamos a estar aquí mucho tiempo?

Por toda contestación uno de los silenciosos señaló un aparador pegado a la pared.

—Ahí tienes bebida, amigo. Puedes servirte —dijo el otro dejando oír una voz gangosa y fría.

—No.

Los dos guardianes parecieron sorprendidos por la negativa, pero ellos tampoco bebieron. Eran individuos robustos, de aspecto simple y decidido. Cumplidores estrictos de órdenes sin preguntas.

—A la mierda si no queréis hablar —dijo Sánchez, al tiempo que se sentaba en una silla.

Pasaron media hora mudos y aburridos hasta que se oyó el ruido de un coche, un frenazo, y luego unos pasos por el pasillo. Era Yavurov. Al entrar hizo una seña a los dos guardianes, que se esfumaron de la habitación.

Mijail tendió la mano a Sánchez con aire amistoso y despreocupado. Portaba una cartera de piel que dejó encima de la mesa.

—Me alegro de verle, ¿por qué lo ha hecho?

—Quería ver Madrid, supongo.

—Lo verá. ¿Qué tal el paseo hasta aquí?

—Mal. Esos dos gorilas que me trajeron parecen muy obtusos. ¿Es que ahora los escogen así?

—Yo mismo los elegí. No quise que supieran nada de usted. En la vida normal esos dos muchachos son algo menos huraños.

El teniente coronel se sentó y adoptó un gesto formal, dando a entender que las bromas habían terminado. Los dos hombres quedaron frente a frente, con la mesa entre ellos. Yavurov sacó una fotografía de la cartera de piel. Un rostro en blanco y negro.

—¿Le conoce?

—No.

El ruso meditó unos instantes y luego empezó con la lección.

—Ese hombre viaja con el nombre de Ramón Santamaría. Tiene 48 años y es compatriota suyo. Trabaja para la Central, está en Madrid y tiene que morir.

Sánchez había enviado a varios hombres al otro mundo. No daba excesiva importancia a la muerte y no sentía remordimientos por nada de lo que había hecho, pero esta vez sintió un ligero frío en las vértebras. Tuvo un mal presentimiento y sintió deseos de mandarlo todo al cuerno. Su propia voz le sonó irracional cuando preguntó.

—¿Quién lo matará?

—Usted, desde luego. Para eso ha venido.

En la contestación de Mijail no había ahora bromas ni condescendencias. Escuetamente una orden.

—Llevo años apartado de esto y he olvidado cosas... La misión debe requerir algún entrenamiento especial. Seguramente se han equivocado de verdugo.

—Ningún entrenamiento especial. Solo matarlo y volver, y usted puede hacerlo.

Hubo una pausa. Mijail le contemplaba con fijeza, como si fuera una pieza de museo. Sánchez se sintió molesto, aunque estaba acostumbrado a esa especie de examen antes de comenzar una misión. Le estaban simplemente observando el gesto y las reacciones, intentando descubrir posibles fallos o debilidades. Se olvidó de todo y espero que el otro hablara.

—¿Algo más que quiera saber?

Sánchez reaccionó entre irritado y despectivo, pero exteriormente sereno. Respondió despacio, sin mover las manos ni acalorarse.

—¿Me toma por imbécil? Hasta ahora no me ha dicho nada. Hay cinco millones de habitantes en Madrid. ¿Quiere que los ponga en fila para irles pasando revista uno a uno hasta encontrar al que busco?

El teniente coronel se echó a reír. Tenía la cualidad de deshacer fácilmente los momentos de tensión de una manera campechana y natural, que restaba importancia a los acontecimientos, a las cosas y a las personas.

—Me gusta verle reaccionar así. Por un momento pensé que tenía miedo.

—Es usted infantil. ¿No estará intentado que me pique a estas alturas para demostrarle mi valor?

Mijail empujó con los dedos un retrato fotográfico hasta situarlo en el centro de la mesa. Una foto vieja, del tamaño de una cuartilla.

—Examine bien esa cara. Será su mejor ayuda. Es muy poco lo que sabemos de Ramón Santamaría.

El rostro de la fotografía era aguzado, con los pómulos algo salientes, las mejillas chupadas, y una calvicie que se presentía veloz, con grandes entradas en un pelo moreno y ligeramente ondulado. Dejó que Sánchez examinara la imagen durante un par de minutos, y luego dijo:

—Nació en Sevilla, pero sus padres lo llevaron muy pronto a Madrid. No volvemos a saber de él hasta 1940, cuando se marcha con unos tíos a Cuba. A su padre lo fusilaron los de la República durante la guerra, y la madre desapareció. Casi con seguridad debe estar muerta. En Cuba trabajó duro, pero por razones un tanto confusas y personales emigró

clandestinamente a Estados Unidos en 1961. Parece que en Florida montó un restaurante, pero no le salió bien el negocio y posiblemente entonces le reclutó la Central. Lo único que hemos podido comprobar es que viajó de Estados Unidos a Santo Domingo durante la insurrección de Caamaño, y también a Venezuela, a Perú y a Bolivia siempre en momentos de tensión política. Una o dos veces, al menos, ha estado en España. Tiene pasaporte norteamericano.

—¿Trabaja por dinero?

—No, aunque no lo desprecia. Digamos que es un mercenario convencido.

—Usted habla como una computadora, pero me gustaría conocer algo más real sobre él. Por ejemplo, su carácter, lo que le gusta, sus ideas políticas, si las tiene; si bebe, si tiene vicios caros o baratos, si es zurdo... en fin, algo.

—No se impaciente. Ya le he dicho que sabemos poco. Fuma, le gustan las mujeres y no es abstemio. No tiene nada de lo que caracteriza a un intelectual en los países capitalistas, pero conserva aficiones artísticas, especialmente por la pintura. El mismo pinta. En sus ratos libres, cuando viaja, suele frecuentar museos. También le gustan el cine y el boxeo, y práctica la gimnasia con frecuencia.

—¿Tira bien?

—De primera.

Hizo una pausa como para dar tiempo a Sánchez a asimilar lo dicho. Luego levantó un poco la voz con timbre admonitorio.

—Fíjese bien. Ese individuo ha matado ya a siete de nuestros mejores agentes en poco más de dos semanas. No sé cómo, pero lo ha hecho. Esto le dará idea de la calidad del tipo. Entrenado para matar, actúa sin contemplaciones. Probablemente no ha hecho otra cosa desde que fue reclutado. Se trata de un auténtico especialista, posiblemente el mejor, el más eficaz que tienen.

—¿Por qué sigue en Madrid?

—Lo ignoramos, quizá espera nuevas órdenes.

—¿Y las razones? ¿Qué ha movido a la Central a iniciar la degollina?

—¿Cómo dice?

—Matar. ¿A cuento de qué cortar cabezas de repente?

—Se trata simplemente de un error. Casi todas las cosas inevitables empiezan por error. Ellos piensan que fuimos nosotros los que destruimos un avión en el que viajaban varios peces gordos de su servicio.

—¿Y es verdad?

—¿No se fía de mi palabra?

—No. Usted mentiría a su madre si lo considerara necesario o simplemente útil.

—Cierto.

—¿Y quiere que me ffe? Evite los cinismos innecesarios.

Yavurov empezó a reír cordialmente, como si estuvieran hablando de alguna frivolidad festiva. Vio claramente que Sánchez era de fiar porque exponía dudas y planteaba cuestiones cara a cara. «Los peores —pensó— son los otros. Los que dicen a todo que sí. A esos no los conoces nunca». Jovialmente, palmoteó la espalda de Raúl.

—No nos pongamos filósofos. Pero si quiere discutir conmigo estaré dispuesto. Le prometo celebrar su regreso con una cena que dure toda la noche...

—Hay algo más...

—Diga.

—Nuestros agentes muertos, ¿cómo los conocían ellos?

—Tuvimos una desertión importante.

—¿Se dio la noticia?

—Ellos lo hicieron público. Nosotros desde luego, no. ¿Para qué? Se avisó tan solo a la gente interesada.

Raúl iba a responder a esto, pero se calló. No era hora de argumentaciones. La respuesta definía a Mijail, un hombre de acción eficiente, que creía haber descubierto la verdad y no le gustaba que se la compliquen.

—Partirá usted enseguida. Le hemos preparado un pasaporte argentino a nombre de Adrián Rubio Díaz. Es usted propietario de una fábrica de impermeables en Buenos Aires, y viaja a España para ver nuevos géneros. Está casado y tiene dos hijos. Ascendencia española. Sus padres le llevaron a la Argentina cuando tenía diez años, por eso se le ha quedado el acento peninsular.

Mijail abrió la cartera que estaba sobre la mesa y sacó un pasaporte de color azul oscuro, con un emblema grabado en la tapa.

—Su domicilio y los datos de su mujer van en el pasaporte. Debe aprendérselos de memoria. En el sobre están todos los documentos relativos a sus orígenes, y los papeles que le acreditan como gerente de la fábrica de impermeables. Además, un carné de conducir, y un talonario de cheques que puede usted utilizar sin tope, en caso necesario. Lleva también pesetas y algunos dólares para cambiar a su llegada.

—Se le olvida lo principal.

—¿El qué?

—Dónde localizaré a ese hombre?

El otro movió la cabeza en gesto de reproche,

—No se impaciente, lo localizará en el Hotel Royal, junto al aeropuerto.

Le entregó el carné de conducir, el talonario, un fajo de billetes de mil pesetas, y algunos billetes de 20 dólares, ni nuevos ni muy viejos. El pasaporte y el resto de los documentos también se veían usados.

Yavurov rebuscó en el fondo de la cartera de donde había extraído el pasaporte, y por fin sacó el arma. Era una pistola Astra, con una caja de munición de repuesto.

—Es buena. Bastante precisa y cómoda de llevar, aunque desde luego las hay mejores. Si no tiene más remedio que contestar a preguntas indiscretas debe decir que la adquirió en España. Se la compró a un tipo en un antro nocturno por diez mil pesetas.

—¿Y si me detienen?

—En ese caso hasta le autorizo a hacerse pasar por militante de la extrema derecha.

—Muy gracioso.

—De nada.

—¿Tendré alguna ayuda en la operación?

—Ninguna en absoluto. Si le agarran, diga que se trata de una venganza, un crimen por dinero, por faldas... lo que se le ocurra. Invéntese una historia, aunque sea débil, y aférrese a ella. Ya conoce las reglas. Haremos por usted lo que podamos y cuando podamos, pero no espere nada. Cuando haya terminado el trabajo, tiene que salir del país por sus propios medios hasta París. Allí telefonará a un número que le hemos apuntado y que va en el sobre. Nosotros le recogeremos y ese será el fin de la aventura.

La última frase le sonó a Sánchez incierta y evasiva. La aventura solo tenía dos finales posibles: matar o ser matado: la apuesta *happy end* llevaba solo un cincuenta por ciento de los boletos.

—Tiene usted una maleta de piel negra con doble fondo ahí —dijo Mijail, y señaló con la barbilla hacia una especie de aparador con cajones muy grandes que había en la sala.

Sánchez se levantó despacio, sacó la maleta y la puso sobre la mesa. La cerradura parecía fuerte y muy segura. Del asa colgaba un llavín con el que abrió la valija. Tanteó con los dedos los bordes interiores hasta encontrar en la tapa una pequeña muesca. Apretó fuerte y la contratapa de cartón piedra quedó floja y dejó al descubierto un fondo de unos tres centímetros de espesor. Volvió a cerrar.

—¿Cómo entraré en España?

—En un principio pensamos que hiciera el viaje desde Buenos Aires; es una ciudad que usted conoce; pero concluimos que era demasiado peligroso. Allí hay terrorismo, como en España, y podrían registrarle exhaustivamente en el aeropuerto. Hemos decidido que entre desde Londres. Usted ha viajado de Buenos Aires a Londres en la fecha que indica el pasaporte. Ha negociado allí con dos firmas (las lleva también indicadas en el sobre) y va a España a redondear otra operación y regresar luego a Argentina. En Madrid las aduanas no son difíciles, y lo más probable es que no le pregunten nada.

El español parecía reflexionar. Con la palma de la mano se tapaba la boca y contemplaba a Mijail. Como el espectador que pretende descubrir el truco final del ilusionista.

—¿La muerte de ese hombre debe ser discreta, o con publicidad?

Hablaba ya con rutina profesional, y se dio cuenta de que la pregunta había salido fanfarrona.

—Desde luego debe quedar claro quién lo ha hecho y por qué. Pero no se exceda. Una noticia en la página de sucesos de los periódicos será suficiente. Sin pasarse.

Raúl pensó que si Santamaría les estuviera oyendo se moriría de risa por el reparto de piel que estaban haciendo antes de cazar al tigre.

Sintió deseos urgentes de acabar aquel embrollo y de rehacer su vida truncada por este extraño asunto. Volver a su

pequeño apartamento a ocuparse de sus viejos romanceros, de sus estudios sobre figuras legendarias, volver a copular con Nina de esa manera pasional y un poco imprevista que a ella le gustaba tanto.

—¿Cuándo me voy?

El otro se levantó dando prácticamente por terminado el encuentro. Como si lo que fuera a pasar después careciera ya de importancia.

—Saldrá esta noche en un avión de la línea aérea SAS que despegará de Moscú a la 23:30. Las horas que le quedan debe aprovecharlas para aprenderse de memoria los datos del sobre y entrenarse en el tiro. Me han dicho que es usted un buen tirador, pero habrá perdido práctica en estos últimos años.

Sánchez se encogió de hombros, dando a entender que todo aquello no le afectaba demasiado, y que lo hacía por una especie de fatalidad. Estaba además un poco irritado porque sabía cuál iba a ser la respuesta a su próxima pregunta.

—¿No podré pasar por mi casa antes del viaje?

—No. En la habitación de arriba tiene la ropa y los objetos que se llevará. En la cocina hay comida, y cualquier otra cosa razonable que necesite se la proporcionarán los dos muchachos que le han traído. Ellos le transportarán al aeropuerto.

—¿Puedo despedirme de mi mujer, aunque sea por teléfono?

—Lo siento, aquí no hay línea. Pero escríble una carta y nosotros se la daremos. Ningún problema por eso.

Mijail se dirigía ya hacia la puerta de salida, y Sánchez pensó que no le diría nada más, cuando de repente se volvió.

—Tenga cuidado. El tipo es muy peligroso. Un auténtico tiburón.

Raúl asintió. Se dio cuenta de que lo que le iba a decir sonaría como si fuera su última voluntad. Se sintió molesto, pero lo dijo.

—Oiga, si me pasa algo me gustaría que hicieran algo por esa chica con la que vivo. Traten de facilitarle un poco la vida.

—Descuide.

—Y no la metan nunca en estos asquerosos enredos. Déjenla vivir con su verdadera personalidad. Que pueda reír o llorar cuando lo necesite.

—Bueno.

Al despedirse de Sánchez, Mijail le abrazó ligeramente, y volvió a susurrarle, casi como si estuviera hablando consigo mismo: «Cuidado. Es muy peligroso». Después dio media vuelta, y, ya sin volver la cabeza, desapareció por la puerta.

Entonces Sánchez retornó a la mesa, y extendió sobre ella todos los papeles, los documentos y la pistola que le habían entregado. Oyó el ruido de un coche al ponerse en marcha y permaneció fijo unos momentos mirando todo aquello, como si se tratara de resolver un arcano misterioso y recóndito. Luego dio algunas vueltas por la habitación y terminó sentándose a la mesa. Encendió un cigarrillo y empezó a estudiar aquel material. Estaba solo en el amplio salón, y en el aprendizaje de la lección se le pasó toda la mañana. Acostumbrado a ese tipo de asimilación memorística, consiguió aprenderse su falsa historia hasta ser capaz de repetirla con soltura y convicción, sin dudar en los datos fundamentales. Se grabó bien el número telefónico de París, y lo reaseguró mediante un truco nemotécnico.

Pasado el mediodía empezó a sentir hambre y deseos de hablar con alguien. En la cocina había una gran nevera llena de comida. Eligió un par de huevos y unos chorizos, y se los preparó fritos, con pan moreno en abundancia y una botella de vino tinto armenio que alguna mano bondadosa había tenido a bien dejarle.

Terminó de comer y volvió al salón. Fumaba tumbado en el sofá cuando entraron los dos individuos silenciosos que le habían traído desde Moscú. Entraron sonrientes en la estancia, en un gesto que podía interpretarse de disculpa por su hosca actitud anterior. Comprendió que le consideraban ahora uno de los suyos; quizá más que eso: uno de los mejores. Un auténtico especialista, como a ellos les gustaría llegar a ser pronto.

El que parecía más joven, de cara un poco más amable, se acercó y le tendió la mano.

—Perdón por no hablarte antes. Me llamo Lansky. Estamos aquí para ayudarte hasta que te vayas.

El otro se presentó como Rudenko. Era un gigante de cara de cinocéfalo, con el cuello fuerte como el de un búfalo, y el pelo cortado a cepillo. De cuando en cuando se retorció

las manazas, sin saber qué hacer con ellas, y le crujían los huesos como un golpear de astillas.

Un rato de charla y, luego, Sánchez decidió practicar un poco con la pistola. Salieron de la casa y se encaminaron hacia un grupo de abedules que había en la parte trasera del recinto vallado que delimitaba la vivienda.

Colocaron unos botes de hojalata sobre un montón de piedras y los utilizaron de blanco a una distancia de casi 30 metros. Los rusos llevaban pistolas automáticas *Stetsbkin*, de 9 milímetros, que manejaban con eficacia. Su puntería era admirable. Disparaban con las dos manos, sujetando con la derecha firmemente la empuñadura, al tiempo que los dedos de la izquierda aferraban la otra muñeca, con la palma apoyada en el cargador. Cuando se aburrieron de tirar a los botes, Lansky, que parecía tener mucha seguridad en sí mismo, le dijo a Sánchez:

—Esos botes son demasiado grandes. ¿Qué tal si probáramos con una moneda y con una sola mano?

Sánchez se dio cuenta de que Lansky buscaba demostrar su superioridad para certificar que estaba en condiciones de realizar lo mismo —y hasta un poco mejor— que él. Evidenciar que la veteranía no significaba ser mejor en todo.

Se sintió molesto por el reto, pero no quiso rehusarlo. Así que sacó un rublo, y lo colocó en la corteza de un abedul, apoyando la moneda en una rugosidad del tronco. Se distanciaron como unos 15 metros.

Lansky disparó primero y desfiguró la moneda, aplastada por el plomo. Luego sacó otro rublo, y lo colocó exactamente en el mismo sitio.

—Ahora te toca a ti.

El español apuntó con mucho cuidado; la muñeca rígida; concentrándose en eliminar cada pequeña vibración de su antebrazo. Inspiró y retuvo el aire, mientras presionaba lentamente el disparador. «La detonación debe sorprender un poco», recordó. La bala llegó bien y retorció la moneda.

—Bravo —exclamó en voz baja Rudenko.

Volvieron a poner otra moneda y Lansky dio otra vez en el blanco con facilidad. Disparaba con rapidez y sin concentrarse mucho, lo que irritaba a Sánchez, necesitado de hacer un mayor esfuerzo y de coordinar ostensiblemente sus sentidos

para lograr un buen blanco. Retomó aire, disparó, y la moneda rodó por el suelo alcanzada y mellada en su borde.

—Dicen que a la tercera va la vencida —dijo jovial Lansky mientras situaba el rublo en la diminuta concavidad de la corteza—. Ahora veremos quién es el primero.

A Sánchez le pareció estúpido tanta insistencia en ganar.

—Eso no demostrará nada. Se puede acertar mil veces y fallar la decisiva —contestó.

Pero Lansky pareció no hacerle caso y quedó rígido, con el brazo derecho estirado y el izquierdo doblado en ángulo recto a la espalda. Unos segundos le bastaron para conseguir su tercer impacto en la pieza. Giró sonriente la cara y le dijo:

—Esta vez ganaré.

Cuando Raúl falló, sintió irritación contra su vencedor. No le molestaba que el otro le hubiera ganado, sino que hubiera buscado tan ansiosamente la victoria. «Nunca será un buen agente —pensó—. Le gusta alardear». Pero luego consideró que él ya estaba viejo, y Lansky se lo había demostrado. Aquel muchacho petulante le había derrotado limpiamente en el tiro, y quizás le derrotaría también en la lucha cuerpo a cuerpo o en capacidad de retentiva. Puede que incluso le superara en instinto para darse cuenta si le seguían los pasos en una ciudad cualquiera donde no se conoce a nadie.

—Eso ha estado bien muchacho. Serás un campeón —dijo con fingida deportividad, esforzándose por ocultar su despecho.

Dejaron de disparar y se dedicaron a pasear por las afueras de la casa. A media tarde hicieron café, brindaron con vodka, y pasaron un buen rato contándose chistes verdes. A eso de las siete, el español empezó a hacer su escaso equipaje mientras Rudenko preparaba algo de comer en la cocina, y Lansky, orgulloso de su triunfo con la pistola, apuraba un resto que había quedado en la botella de vodka.

Mecánicamente Sánchez amontonó ropas en la maleta hasta llenarla. Después, cogió la pistola con un cargador y cartuchos de repuesto, y la introdujo cuidadosamente en el doble fondo.

Por la ventana de la habitación se veía ya el cielo oscuro y la noche cegando el campo. Tierra desierta y silenciosa en la que no se percibían luces ni se distinguían formas habitadas.

Se acordó de Nina y pergeñó una despedida en una hoja de cuaderno que encontró en cualquier parte. La despedida le salió mentalmente, espontánea en versos recordados: «¡Non diga nada, mi madre! / A doña Alda de mi vida / que como es Nina pequeña / de pena se moriría». Pero, naturalmente, escribió lo típico en tales casos. «Querida Nina: Estaré fuera de Moscú unos días realizando un trabajo. Volveré pronto y te traeré algún regalo. No te preocupes...».

Iba a poner «te quiero», pero pensó que resultaría demasiado melodramático. Así que decidió rematar con un escueto «tuyo», y la inicial de su nombre: Una gran «R» seguida de un punto.

Cuando regresó al salón encontró a Lansky con los ojos felices por el recuerdo de su triunfo y el calorcillo del vodka. Sánchez se lo dijo en tono de orden, para dejar claro que él todavía era el maestro.

—Este papel es para el jefe. Dáselo cuanto antes.

Rudenko había preparado una sopa y una gran fuente de filetes con salsa de color verdusco, y durante la comida hablaron poco. Por un momento la conversación derivó hacia la literatura. Sánchez observó que los otros dos le contemplaron sorprendidos cuando se le ocurrió mencionar el sentimiento trágico de Pushkin y su semejanza con otro poeta romántico español llamado Espronceda. Lansky meneó levemente la cabeza, en maquinal reproche mudo. «¿Por qué preocuparse de esas cosas? Abstracciones, monólogos de intelectuales, frases vacías, síntomas de chochez... El cerebro de un buen agente debe estar pendiente de otros temas».

En el trayecto hacia el aeropuerto conducía Rudenko, y Lansky, que iba sentado delante, volvió dos o tres veces la cabeza y sonrió a Sánchez. Era una manera de darle ánimo y también de expresarle su envidia y admiración. El joven agente estaba seguro de que, un día, él también iría en un coche hacia algún aeropuerto; con el billete de vuelo en regla y dando el último repaso a todos los detalles que harían posible realizar «algo» muy secreto y muy importante que le habría sido encomendado. Lo que Sánchez iba rumiando era distinto y mucho más prosaico. Recordaba que en Madrid hacía menos frío, y con un poco de suerte hasta le quedaría un rato para sentarse en alguna terraza y tomarse una cerveza, tibiamente reconfor-

tado por el solecillo invernal que, en ocasiones, ilumina los árboles de la Castellana.

Una hora después de que el avión sueco que llevaba a Sánchez a Londres despegara del aeropuerto de Vnukovo, el comandante Mijail Yavurov recibió la nota escrita en papel de cuaderno dirigida a Nina, y pensó que había sido una gran suerte que hasta esa misma tarde la chica no hubiera sabido los resultados del análisis, desconocido para su compañero, el cual fijaba, con toda certeza, su próxima maternidad para dentro de siete meses.